

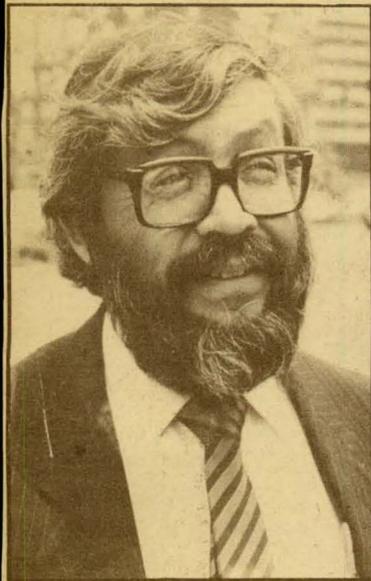
La hora

De Las Urnas



SIEMPRE! 6-Julio-1988

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Este número de *Siempre!* marca su cumpleaños número treinta y cinco y sale a circular con fecha seis de julio, mismo día en que se abrirán las urnas para la elección más competitiva que haya habido en México en el lapso en que ha vivido nuestro semanario. Poco antes de que esta revista naciera, en 1952, se había provocado el último cisma en la familia revolucionaria, cuando fueron candidatos a la Presidencia Henríquez y Lombardo, antiguamente adheridos al PRI y a la CTM.

Tres son los candidatos y las corrientes con mayor presencia ante el electorado. Representan, conforme a una denominación tradicional que no ha perdido por completo su significación, al centro, a la derecha y a la izquierda. Además, la bio-

grafía de cada uno de esos candidatos los hace singulares aun dentro de la tendencia a la que encabezan y encarnan. De entre ellos elegirán los votantes que el seis de julio acudan, esperamos que masivamente, a las urnas.

Carlos Salinas de Gortari llegó a la candidatura del PRI después de ser el autor, o ejecutor, de los planes económicos del gobierno que agoniza. La política entrañada en esos planes ha provocado un empobrecimiento general, si bien la argumentación gubernamental insiste en que ha sido la crisis la causa de esa situación y que sus planes, al contrario de la creencia ampliamente extendida, impidieron que se pasara de la crisis a la catástrofe. Sin embargo, Salinas ha quedado en libertad de abjurar de los credos que antes practicó, por dos razones: primero, porque no es lo mismo ser secretario de Estado, dependiente del Presidente, que ser el Presidente mismo; y segundo, porque la agudización de las condiciones económicas adversas —cuyo fondo prevalece, a pesar del Pacto de Solidaridad Económica— lo forzará a adoptar acciones diversas y hasta encontradas de las que antes puso en aplicación. Para llegar a esa posibilidad, sin embargo, tiene que remontar no sólo el momento electoral, sino la incredulidad posterior, que puede llegar al extremo de deslegitimar su elección.

Salinas paga en esta circunstancia, además de su propia participación en programas económicos que no hicieron la felicidad de los mexicanos, aunque hayan evitado su mayor infelicidad, el desgaste y el descrédito en que ha incurrido el PRI. Más difícil que ganar las elecciones será para el candidato del partido gubernamental dotar de credibilidad ese triunfo, para lo cual requiere actuar con absoluta transparencia, poniendo en práctica la conciencia ya formada en los círculos gobernantes de que acabó la hora de la anulación del adversario. Las proposiciones modernizantes de Salinas, que en lo económico tienden a la privatización de la economía, como parte de la reacción universal contra la gestión estatal, a la que se busca eliminar en vez de sólo enmendar, chocarán pronto con la realidad de un empresariado arcaico, que va tras la ganancia inmediata sin conciencia de su papel en la construcción de la historia. Por lo contrario, la propia realidad hará que las modernizaciones políticas deban ser aceleradas, ya sea las que conciernen a la contienda electoral, que será más real y ardua en adelante; ya sea en lo que toca al régimen interno del partido oficial, que deberá ir dejando de serlo para convertirse en una agrupación de amplios sectores sociales en que se negocien y concierten los intereses en juego sin la presencia del Estado.

Salinas tiene la personalidad apta para los cambios que el país requiere. Pero no se trata de sólo aplicar su voluntad. Los obstáculos que se erigen

frente a sus propósitos tardarán en ser demolidos, si acaso caen. Pero al mismo tiempo otros se erigirán, como los grandes sindicatos en defensa de sus privilegios, si Salinas llevara a cabo en efecto la modernización de las representaciones sociales. Tales gremios tendrían un argumento ideológico, no correspondiente a la realidad pero eficaz, para oponerse a su desmantelamiento: Salinas ha abandonado expresamente la definición del partido gubernamental como un partido revolucionario. No se puede serlo desde el centro. El centro es, aun en geometría, punto de equilibrio, factor de estabilidad, lo contrario del revolucionarismo.

La derecha panista puede quedar fortalecida en esta elección, a pesar del surgimiento de otro polo de atracción política, a la izquierda. Su candidato, Manuel J. Clouthier, personifica muchas de las irritaciones que especialmente los sectores medios han experimentado contra el gobierno. Su inclusión en el elenco panista significa el triunfo, quién sabe si duradero, del sector empresarial que no quiere ya tener intermediarios a su servicio en el gobierno, sino que buscan ejercerlo directamente. Es bien sabido que en 1972 Clouthier buscó ser candidato del PRI a la alcaldía de Culiacán, y que después de perder la nominación a manos del doctor Mariano Carlón enfiló sus energías a la representación empresarial, cuyos máximos cargos llegó a ocupar diez años después. De ahí ha pasado a la militancia panista. Acaso se le pondría en un aprieto si se le pidiera explicar la plataforma ideológica del partido de Gómez Morín, pero para sus intereses eso es lo de menos. Acción Nacional es un instrumento para fines empresariales, sustentado en la cólera que ha suscitado en amplias porciones de la población el ejercicio despótico y arbitrario en no pocos segmentos del poder público.

Es probable que el PAN prospere en esta oportunidad y alcance un número de diputados mayor que nunca. Su antigua presencia, la identificación que muchos electores establecen entre ese partido y la posibilidad de sancionar políticamente a un gobierno que no los satisface y, al contrario, los enerva, el estilo personal del candidato, escenográficamente desafiantes, bravucón, todo ello acaso fortalezca la segunda posición que ante las urnas ha conservado el PAN desde que en 1958 se convirtió en la oposición estable.

La gran novedad en este marco electoral es la irrupción del cardenismo. A decir verdad, se trata de una revitalización del movimiento surgido durante la presidencia del general Lázaro Cárdenas, y que ha pervivido, con altas y bajas, a través del tiempo, como la vertiente popular de la Revolución institucionalizada. Cuauhtémoc Cárdenas, valioso por la herencia de que es titular y por su sensibilidad para percibir que esa herencia es respuesta actual a reclamos cada vez más difundidos, pudo construir en torno suyo una caudalosa corriente que no por heterogénea es menos importante, por lo menos para los fines inmediatamente electorales.

Como hemos dicho ya en este mismo lugar, hace muchas semanas, este proceso electoral, antes de concluir el seis de julio, tiene ya un triunfador, y ese es Cárdenas. No lo será en términos del número de votos que alcance, pero sí en cuanto a inaugurar un nuevo momento de la historia política mexicana. Por eso su desafío principal se ubica más allá de la jornada electoral. Cárdenas estará ante la tentación de sumarse a la protesta panista, con los fines y los estilos que son propios del PAN, estilos y fines que no corresponden a los intereses de los que Cárdenas es encarnación.

La tarea del cardenismo será consolidar lo mucho conseguido en tan breve lapso. Es previsible que se producirán defecciones, especialmente entre los partidos antiguamente llamados paraestatales (PARM, ex PST, PPS) que habrán conseguido o no sus fines de sobrevivir, y por ello se apartarán de una tendencia política en la que realmente no figuran. Los remanentes, que no serán desdeñables ni escasos, darán a Cárdenas el entorno preciso para que su idea del país adquiera la fuerza política que le es necesaria.